



HERMANAS FRANCISCANAS MISIONERAS DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA
(DARDERAS)

Hna. Emilia Bosch Sallén (María Montserrat)

(San Gervasio de Barcelona, 1890 - Barcelona, 1965)



Nacimiento: 04/08/1890 – Barcelona (San Gervasio) -- España
 Postulantado: 22/01/1917 - Barcelona - España Casa General C/ Sors, 67
 Noviciado: 02/09/1917 - Barcelona - España Casa General C/ Sors, 67
 Profesión Temp: 03/09/1918 - Barcelona - España Casa General C/ Sors, 67
 Profesión Perp: 03/09/1923 - Barcelona - España Casa General C/ Sors, 67
 Defunción: 06/10/1965 - Barcelona - España Casa General C/ Sors, 67

M^a Montserrat Bosch Sallén nació a las tres de la madrugada del día 4 de agosto de 1890 en el término municipal de San Gervasio de Cassolas, anexionado a Barcelona en 1897. Sus padres Juan y Amalia procedían de familias de agricultores de Piera y Sant Just Devern respectivamente. Su padre Juan también se dedicaba a la agricultura en la que fue pequeña población de San Gervasio, en proceso de urbanización avanzado cuando nació M^a Montserrat.

A los tres días de nacer, el 7 de agosto, fue bautizada por D. Ignacio Cantarell, Coadjutor de la Iglesia de San Gervasio y Protasio y Ntra. Sra. de la Bonanova. Se le pusieron los nombres de M^a Montserrat. Todavía en brazos debió llevarla su tía Isabel, madrina de confirmación, para ser confirmada en la misma iglesia de Ntra. Sra. de la Bonanova el 1 de junio de 1891 por el Ilmo. Sr. Obispo de Astorga Dr. Juan Bautista Grau y Vallespinós, debidamente autorizado por el Obispo de Barcelona.

Vida religiosa

El 22 de enero de 1917 ingresó como postulante en la casa de la calle Sors de Barcelona. Tenía 26 años y, según declaración de ella misma, desde hacía diez años tenía vocación religiosa. El certificado médico expedido por D. Agustín Rius, médico de la Casa de Salud de Ntra. Sra. del Pilar y de las Casas de Socorro, declara haber tratado a la joven durante diez años, habiendo padecido afecciones del aparato digestivo sin haber dejado huellas. Es posible que fuera esa la causa de su espera a entrar el Congregación. Su hermana Dolores, dos años menor, era profesa en la misma Congregación cuando ingresó M^a Montserrat.

El 2 de septiembre de 1917 ingresó al noviciado donde se le puso el nombre de Emilia. El 3 de septiembre de 1918 hizo la profesión temporal siendo el celebrante D. Diego Alpañés Palacios, capellán de la Casa General. El 3 de septiembre de 1923 hizo la profesión perpetua quedando definitivamente incorporada a la Congregación.

Estuvo destinada en las comunidades de Barcelona, Casa General, Casa fundacional de la calle del Hospital de Barcelona y Seminario de Lérida. Fue una de las Hermanas fundadoras en la comunidad

del Seminario el año 1922. Su vida transcurrió en el servicio de la cocina y como superiora local en el Seminario de Lérida y en Barcelona, Casa fundacional.

El obispo de Lérida escribe a la Superiora General, Antonia Valencia, después de la fundación: “La cocina está arreglada, y a gusto de Hna. Emilia, quien ahora va contando el carbón que se gasta y que ha disminuido notablemente. Todas están contentas, buenas y animadas. La Superiora es excelente, y la **cocinera es una chispa de fuego**. No piensan más que en servir bien y en economizar”. Un disloque en el pie le obligó a dejar el seminario de Lérida y a sufrir un largo tratamiento. Quedó destinada en la casa fundacional de la calle Hospital de Barcelona. Consejera local, suplió a la superiora, M. Guía, cuando ésta fue destinada a la nueva fundación de Francia. Era el año 1934, muy cercano a la guerra y aquí convivió con Hna. M^a Mercedes Antelo y demás Hermanas protagonistas de los sufrimientos pasados en esos tiempos.

Guerra 1936-1939

En junio de 1936 fue de nuevo destinada a la comunidad del Seminario de Lérida, con el cargo de superiora.

Al inicio mismo de la contienda, el 21 de julio fue encarcelada junto con Hnas. Socorro López y Dolores Oms y una sirvienta del seminario.

Su ficha de prisión es la siguiente:

Prisión provincial de Lérida

Registro de ingreso n^o General: 9650. Número de orden: 883

Fecha detención: 21/07/1936

Fecha de la libertad: 15/08/1936

M. Emilia escribe sobre los días en la cárcel de Lérida en el testimonio que da sobre la muerte de Hna. M^a Mercedes Antelo.

Dice en su declaración:

“Estalló la Revolución Marxista el día 18 de julio y el 21 del mismo mes, tres Hermanas con la que suscribe fueron presas, juntamente con los Reverendos Superiores del Seminario y llevadas a la Cárcel de Lérida, donde ocho días después trajeron preso al Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Salvio Huix Miralpeix; al enterarse dicho Prelado que había presas en la misma cárcel algunas Hermanas de su Seminario, ante la imposibilidad de verlas, se valió de un joven médico también preso, para mandarnos a nosotras y a todas las Religiosas que se encontraban presas, su Bendición Apostólica, concediéndonos cuarenta días de indulgencias por cada privación que pasábamos en la cárcel. Al poco supimos lo habían fusilado. El recorte de papel donde estaba escrita y firmada de su puño y letra dicha Bendición Apostólica, la reclamó al terminar la guerra, el Rdo. Dr. D. Amadeo Colom, Vicario General de Lérida.

“El día 15 de Agosto, la Stma. Virgen se apiadó de nosotras; nos dieron libertad que fue solicitada por familias conocidas nuestras de Lérida, que nos llevaron a sus casas, nos vistieron con ropa que mandaron hacer y el día 20 del mismo mes, dos Hermanas y la que suscribe marchamos a Barcelona, y de aquí una a su familia y otra delicada de salud con la que suscribe, se fueron aquel día, a casa de una enferma que conocía a la Hna. M^a de las Mercedes Antelo Pérez, le pregunté, si dicha Hermana M^a de las Mercedes continuaba con la enferma Sra. María Salsas, que hacía años la velaba; me contestó que le parecía que sí, porque hacía poquitos días la había visto salir de la escalera de dicha casa. Ella misma nos acompañó y nos dejó allí. Estuve conversando con la Hna. M^a de las Mercedes, pues yo ignoraba donde se hallaban nuestras Madres y Hermanas; pero suponía que ella por su vivo interés habría procurado saber dónde estaban y por tanto me lo diría.

“Hna. M^a de las Mercedes, tenía mucha entereza de carácter, amable y valiente, con suma prudencia, y vacilaba decirme dónde estaban las Madres por temor de descubrirlas y no fuesen perjudicadas, le prometí obraría con la mayor prudencia y cautela; al fin me dijo, “alguna encontrará en el Dispensario de la calle Viladomat”, donde permanecían ignoradas varias de nuestras Hermanas, “pida por la Sra. María”. Así lo hice, encontrándome allí con la Rvdma. M. Antonia Valencia Ferrer y M. M^a de la Salud, que sufrían por no saber nada de nosotras, la alegría fue recíproca”.

En la cárcel de Lérida

Las Hermanas recogen la llegada de M. Emilia y Hna. Socorro al dispensario. M. Antonia Valencia iba siguiendo el devenir de las Hermanas de diferentes comunidades más nada se sabía de las Hermanas de Lérida. Por fin, al cabo de 28 días de sufrimiento sin poder averiguar nada, aparecieron M. Emilia y Hna. Socorro.

Seguimos la relación presentada al Capítulo General en 1939: “Madre Emilia con su ingenuidad y alegría tan natural, cual si viniera de fiesta, estuvo contando como habían estado en la cárcel, durante veinticuatro días, junto con la Hermana Sofía y Hna. María Socorro, encontrándose allí con varias religiosas de diferentes Comunidades en número de cuarenta y ocho; todas contentas y dispuestas a dar la vida por Dios, resultando que aquella reunión de presas, era un grupo de jóvenes, que dentro de aquel horno inmundo, desafiaban la muerte misma y a sus verdugos, cantando gozosas las alabanzas del Señor. ¡Qué felices éramos! ¡Qué lástima Madre, no nos hayan muerto, decía con entusiasmo Madre Emilia! ¡Crea Rvdma. Madre, moríamos contentísimas!”.

La crónica de la Congregación recoge detalles de la vida en la cárcel de Lérida contados por M. Emilia. El trato que recibimos en la Cárcel, continúa diciendo Madre Emilia, fue un tanto duro. Todas estábamos en la misma habitación y ésta de dimensiones reducidas. Para descansar no había más que tenderse en el duro suelo; unas casi encima de las otras, por falta de espacio, formando una rueda en torno a una piedra central que hacía las veces de almohada. Un solo plato y cubierto, sin previo lavado, servía para todas. A la hora del rancho, nos echaban la comida, casi siempre hirviendo, y una tras otra teníamos que pasar precipitadamente a comer aquel potaje maloliente que más de una vez no pudimos terminar por falta de tiempo para enfriarlo.

Ya enseguida de llegar a la cárcel, las hicieron poner en semicírculo, mientras uno de aquellos facinerosos iba apuntando a cada una el revólver. Varias veces estuvieron a punto de matarlas y ellas dispuestas a morir.

Llegó el día que les dieron la libertad. Lo que pueden ser anécdotas del momento nos muestran el talante sencillo, ingenuo, alegre de M. Emilia. Sigue la crónica:

“La Madre Emilia, se había llevado a la cárcel en un paquete el santo Hábito, con todo lo demás: cordón, corona y crucifijo; pero al entrar en la cárcel, se lo hicieron dejar a la puerta junto con 100 pesetas que llevaba, diciéndole que ya se lo devolverían al salir. La Madre, con su ingenuidad tan característica, se lo creyó con tan buena fe, que lo primero que hizo al salir, fue pedir el paquete y las 100 pesetas. El paquete se lo devolvieron (cosa extraña) pero el dinero... Le hicieron ir de un lugar para otro burlándose de ella hasta que al final le dijeron que se marchara, pues gracias que la hubiesen dejado con la vida. Ella, con todo, no se cansaba de repetir: “Es que no tengo ningún céntimo para marcharnos”, pero la despidieron sin modales”.

En Barcelona. Testigo de la muerte de Hna. M^a Mercedes Antelo

El 20 de agosto M. Emilia y Hna. Socorro salieron para Barcelona con el dinero que les dio la familia que las acogió a la salida de la cárcel y las vistió de seglar. Al llegar a la estación, como hacían con todo el mundo, registraron el paquete que M. Emilia no dejaba por nada con el hábito, cordón, corona

y crucifijo. Le dijeron, al ver lo que llevaba: “¿No sabe que esto no lo puede llevar?”. Y ella les respondió: “Oh, para esto están ustedes, para mirarlo”. Al ver la ingenuidad de la Madre la dejaron pasar con todo, cuando no estaba permitido llevar ni una estampa.

En Barcelona después de localizada Hna. M^a Mercedes Antelo y del reencuentro con M. General y Hermanas, M. Antonia Valencia se preocupaba de ver dónde podía ir cada una de las Hermanas que iban llegando. Hna. Socorro falleció al poco tiempo de una lesión cardíaca a consecuencia de los sustos. M. Emilia se puso a servir entregando lo que ganaba para las necesidades de la Congregación.

En Barcelona, M. Emilia se veía con varias Hermanas de la calle del Hospital, algunas de ellas estaban con su familia, otras sirviendo en casas particulares. Visitaban a Hna. M^a Mercedes Antelo y ésta les contó en una de las visitas sobre la detención de la Sra. María Salsas, la enferma a quien cuidaba; había sido delatada como fascista y llevada a la cárcel de mujeres de Las Corts. Hna. Mercedes llevaba a la Sra. Salsas todos los días la comida a la cárcel y consiguió sacarla pagando una gran cantidad de dinero. Sobre lo que sucedió después de este encuentro con Hna. M^a Mercedes Antelo, dejamos que lo cuente la misma Hna. Emilia en su declaración para la causa del martirio de Hna. M^a Mercedes pues su lenguaje es inconfundible:

“Pasaron unos ocho días y vino la Hna. Lina Bigas que pertenecía a la Comunidad de la Casa Cuna y me dijo “¿sabe que han matado a nuestra Hna. M^a de las Mercedes?” – Pregunté “¿es cierto que la han matado?” – “Sí” – “¡Oh no, no lo sabía!” – “Sí y si la quieren ver”, dice, “la encontrará en el depósito del Hospital Clínico”.

“Al salir de casa para ir a notificarlo a las Madres, encontré a la mujer que iba hacer faenas a casa de la Sra. Blanxard, amiga de la Sra. Salsas y Hna. M^a de las Mercedes, a la que quería mucho, se llamaba Francisca; me contó que la sirvienta de la Sra. Salsas, le había dicho que los milicianos fueron el día 8 a primera hora de la mañana a recoger cuanto quisieron del piso, invitándola a que ella hiciese lo mismo; y al preguntarles por las señoras, le contestó uno de ellos – “no las esperes que no volverán porque yo mismo las he matado”.

“Me quedé consternada, quería comprobar por mí misma si era cierto y fui a encontrar a la Hna. Clotilde Creus, que era la primera Consejera local de la Casa Cuna, le dije cómo habían asesinado a la Hna. M^a de las Mercedes, le pedí me acompañase al Hospital Clínico para verla, pero la Hermana no se sintió con valor y me acompañó una sobrina suya; efectivamente, enseguida reconocí en la fotografía a la Hna. M^a de las Mercedes asesinada por arma de fuego, al lado de la enferma que también fue fusilada; ya no podía más, me faltaba vida y tiempo para ir a decírselo a las Madres, despedí a la acompañante y como pude llegué a la Ronda de San Pedro nº 68 donde encontré a la M. Remedios Llagostera y M. M^a Salud Bassas, se lo dije, ellas quedaron paradísimas, pues nada sabían y creían que la Hna. M^a Mercedes era la que estaba más a salvo por encontrarse asistiendo a la enferma en casa particular; dijeron irían a verla por si podían recoger sus restos. Con esto ya me fui a mi obligación encomendándole al Señor”.

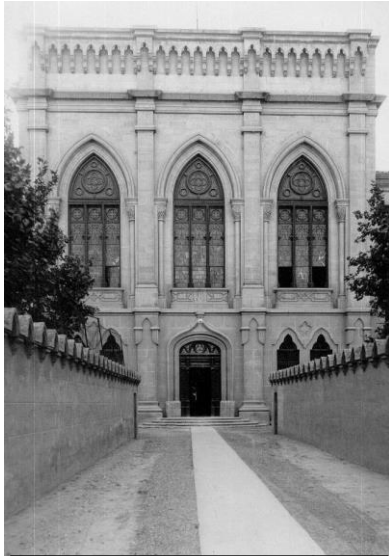
Los hechos de la muerte violenta de Hna. M^a Mercedes Antelo y Sra. María Salsas sabemos ocurrieron el 11 de noviembre de 1936. Desde el 19 de julio hasta esa fecha ¡eran tantos los sacerdotes y religiosos que habían muerto! La misma Hermana Emilia había estado preparada para el martirio junto con las otras religiosas encarceladas, se disponían a ello a cada ruido extraño, a cada susto; fue testigo de la violencia que imperaba por doquier cuando quisieron volar la cárcel de Lérida para que murieran todos los que estaban dentro: Obispo, sacerdotes, religiosos y religiosas. Oyeron cuando sacaban al Obispo, sacerdotes y religiosos camino del martirio. Se preparaban en la cárcel para ser las siguientes de turno.

¡Qué lástima no nos hayan muerto! decía alegre al encontrarse con sus Hermanas. Deseaba el martirio y estaba preparada a ello. La maldad no cabía en su corazón y así transitaba ella tranquila por la vida.

Por ello, ante el miedo de sus Hermanas para comprobar los hechos dolorosos, ella no dudó en presentarse a las puertas del Hospital Clínico hasta comprobar con sus propios ojos el rostro masacrado de Hna. M^a Mercedes Antelo y de la Sra. María Salsas a quien cuidaba. Informó a las Madres responsables de la Congregación en España y “ella siguió con sus obligaciones”, es decir, su humilde trabajo de sirvienta en una casa particular. Poco tiempo más estuvo en ese servicio pues fue enviada en 1937 a la Comunidad de San Pedro de Ribas a cuidar de la superiora que estaba enferma con agudos dolores, falleciendo en agosto de ese mismo año. Dentro de las dificultades para la recepción de sacramentos durante la guerra, el P. Torrent se valió de M. Emilia en algunas ocasiones para hacerle llegar la Comunión a la enferma, M. Socorro.

Una vida preciosa: vivió y murió feliz

Después de terminada la guerra y hasta unos años antes de su muerte estuvo de superiora en las comunidades del seminario de Lérida y de la casa fundacional en la calle del Hospital de Barcelona. Fue en el seminario de Lérida donde ella prodigó toda su entrega abnegada y maternal en bien de los sacerdotes. ¡Cómo la recordaban sus contemporáneos!. El seminario de Lérida estaba en una situación deplorable. Las Hermanas ahí destinadas con M. Emilia la primera, debieron emplearse a fondo para acondicionar el edificio con dedicación total. Alegres y contentas como era la superiora.



Seminario de Lérida

En 1959 fue destinada a la Casa General. El recuerdo de lo que fue su vida nos ha llegado hasta nuestros días. Lo recordaba una Hermana de 90 años. “Conviví con ella en la Casa General y me admiraba la humildad que tenía auténticamente evangélica” Recuerda, esa Hermana, cómo alegraba los recreos y se ponían las Hermanas a su lado escuchando las anécdotas que ella relataba y hacía reír a las demás; a veces contaba cosas de ella que no la dejaban en buen lugar pero lo hacía con toda sencillez y humildad, haciendo pasar el rato agradable a los demás.

Un carcinoma invadió su organismo y le produjo una asfixia cardíaca de la cual murió el 6 de octubre de 1965 en la comunidad de la Casa General, calle Sors de Barcelona. Tenía 75 años y 47 de vida religiosa. El día 7 recibió cristiana sepultura en el cementerio del Sud-Oeste de Barcelona, vía San Jorge, agrupación 6^a, columbario B., piso 5^o número 778.

La superiora general decía a la Congregación en el comunicado de su muerte: “Fue siempre una religiosa de ejemplar observancia regular, **sencilla, franca**; se puede decir de ella, lo que refiere el Sto. Evangelio de Natanael, **“que no tenía doblez”**. El espíritu de sacrificio y gran amor por la Congregación resaltó en todas sus obras, ya siendo súbdita ya como superiora, y siempre en completa sumisión con los Superiores.

En medio de los acontecimientos (de la guerra), sus palabras nunca fueron de críticas y esta norma la tenía siempre, dándonos ejemplo a todas de **los muchos actos de caridad fraterna que practicó durante su preciosa vida**, siendo esta virtud indispensable para vivir feliz en Comunidad.

Así como vivió feliz según ella decía, murió también, sonriendo y diciendo adiós con las manos después que hubo recibido con fervor los últimos Sacramentos y haberle hecho la recomendación del alma; no podía hablar, pero se la notaba muy unida a Dios articulando jaculatorias.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!

Hna. Ana M^a Lander, FMN